

ARIÓN

Y LOS PIRATAS

El Oráculo de Delos

Arión y los Ueshabee de Nibiru

por Conrado Bocanegra



Capítulo II

Una visita inesperada

Mi padre estaba muy contento tras recoger las redes que habíamos echado al mar el día anterior, porque habíamos podido llenar dos cestos enteros de lubinas y sardinas. Me miró satisfecho y supe que iría al puerto a cambiar el pescado por harina, aceite y quizás, si teníamos suerte, un poco de leche.

Mientras preparábamos la barca para regresar a casa, se alzó y dirigió la mirada al mar. Entrecerró los ojos y rebuscó el horizonte. Extrañado, subí a la proa de la barca, pero no vi nada inusual. El viento seguía intensificándose y la barca seguía balanceándose al son de las olas.

De golpe, una ola inesperadamente grande alcanzó la barca por el costado. Perdí el equilibrio, pero mi padre me agarró de la cintura en el último momento para evitar que cayera al agua. Las olas cruzadas son una señal de que el tiempo va a empeorar y supimos que era el momento de apresurarnos y volver a tierra.

Sin perder el tiempo, izamos la vela y me puse a la caña del timón. Nos movíamos a buena velocidad, aprovechando el viento, antes de que llegara la tormenta, y pudimos disfrutar de la compañía de una familia de delfines que saltaban y jugaban delante de la proa. Sonreíamos cada vez que la barca se deslizaba velozmente por la cresta de una ola.

Todo cambió cuando, al poco rato, una gran nube negra que iba cubriendo el cielo lentamente nos atrapó, nos quedamos sin viento y la barca se detuvo en medio del mar. Los delfines siguieron su camino dejándonos solos. De repente, un gran golpe de viento que

descendió de la nube hacia nosotros tensó los cabos que sujetaban la vela. Agarré la caña con fuerza para mantener el rumbo, esperando llegar a la playa lo antes posible.

Justo cuando le iba a decir a mi padre que llovería dentro de poco, porque estábamos bajo la nube, empezaron a caer unas gotas enormes. Eran las gotas más grandes y frías que nunca había visto. Mi padre, muy tranquilo, sacó una capa que había guardado debajo de las redes antes de salir a la mar y se cubrió con ella.

Como siempre, él se había levantado mucho más temprano que yo para subir a la colina detrás de la playa, desde la cual se veía el sur de la isla. Por la mañana había visto unas nubes y ya sabía que ese día llovería. No me había avisado y ahora me estaba mojando. Durante todo el viaje de vuelta evité su mirada.

Al llegar a la playa, volvió a salir el sol. Mi padre se quitó la capa y descargó los cestos con la pesca del día.

—Voy al puerto a vender el pescado —dijo.

—De acuerdo —le espeté toscamente.

—¿Quieres acompañarme?

—No —contesté enfadado—, voy a poner unas trampas para cazar algún conejo.

—No te preocupes, Arión, la próxima vez te acordarás de que es importante ver el mar desde un punto elevado antes de salir a navegar.

Vaya fastidio. Sabía que diría alguna frase que comenzara con “la próxima vez...”.

Salté al agua para bucear y no tener que escuchar más reprimendas, pero al salir todavía estaba ahí mirándome. Desvié la mirada para no verlo y él se dio la vuelta, cogió los cestos con el pescado y caminó por la playa hacia el puerto.

Me acerqué a la cabaña, cogí las trampas para conejos y subí a la colina. Las repartí por el pinar en los lugares más secretos que conocía. No quería que el hermano de Selene me robara los conejos. Hoy más que nunca necesitaba una pequeña victoria. Regresé a la playa y mi padre aún no había vuelto del pueblo, lo cual era inusual. Aburrido, decidí coger la caña e ir a uno de mis lugares preferidos de la isla, desde el que se podía pescar sentado en unas rocas.

Durante el camino seguía pensando en lo ocurrido. No entendía por qué mi padre no podía haber dicho simplemente que iba a llover. Hubiera cogido una capa y no me hubiera mojado ni hubiera pasado frío. Estaba furioso y por eso no lo había acompañado al puerto.

Solíamos vender el pescado a los barcos de mercaderes fenicios que venían de lugares tan lejanos como Egipto, Libia o Persia. Transportaban mercancías valiosas y las llevaban a los grandes mercados de Delos o de Atenas. Me gustaba ver lo que transportaban y siempre curioseaba cuando mi padre me permitía subir a los barcos para llevarles el pescado, pero tenía mucho miedo de los marineros. Gente de mal vivir que parecía salida de las historias de piratas de mi padre.

Algunas galeras llevaban en la bodega esclavos que me miraban desde abajo. Eso me atemorizaba aún más. Tenía miedo de que los piratas me secuestraran y me vendieran como esclavo; y yo no quería salir de la isla, mi hogar.

Aun así, en los barcos de mercaderes más honestos me entretenía mirando los fardos de papiro oriental, los sacos de grano egipcio o las ánforas llenas de aceite o de vino. Allí vi por primera vez una fruta pequeña y oscura que despertó mi curiosidad porque se parecía a las uvas secas que ya conocía y también al dedo gordo del pie de mi padre: se llamaba dáctilos y, hasta el presente, es una de mis frutas favoritas.

Tras un buen rato caminando sumido en mis pensamientos, llegué a las rocas. Pescaría unos salmonetes con una caña que me había construido yo mismo y mi padre se sentiría orgulloso de mí. Cuando veía alguno husmeando en el fondo marino, le acercaba el cebo moviendo la caña con suavidad con la esperanza de que picara. De repente, mientras balanceaba la caña, vi un pequeño pulpo que se escondía entre las rocas al acecho de un cangrejo.

“Qué suerte”, pensé.

La diosa de la buena fortuna, Tique, me sonreía. Le devolví la sonrisa alzando la vista al cielo.

Si conseguía capturarlo, se lo daría a mi padre para que lo asara, porque así es como el pulpo sabe realmente bien.

Vigilé atentamente los movimientos del pulpo y esperé a que nadara hacia las aguas menos profundas de la pequeña laguna que había justo a mis pies.

—¡Ya eres mío! —exclamé cuando vi que se había colado en la pequeña laguna. Me tiré de cabeza al agua lanzándome sobre el animal para capturarlo con las manos. Pero el pulpo se escapó protegiéndose y camuflándose entre el fondo marino.

—¡Vaya! —pensé.

Aquel día nada me salía bien. Debía tener más paciencia.

“Debes esforzarte más”, hubiera dicho mi padre ahora.

¡Demonios, qué fastidio! Ahora me decía yo mismo su frase preferida.

Sin embargo, no todo estaba perdido. El pulpo todavía no se había ido de la pequeña laguna. Primero me miró con un gesto desafiante y luego se escondió entre las piedras.

“¡Quieres guerra!”

El pulpo creía estar completamente camuflado entre las rocas, pero yo lo veía. Esta vez me acerqué con más sigilo por el lado del mar abierto y bucé unos metros. Fui por detrás y extendí rápidamente el brazo para agarrar el animal con la mano, pero el pulpo, prevenido por el ataque anterior, me arrojó toda su tinta a la cara y se escapó al mar abierto. Ahora sí que lo había perdido del todo.

Salí del agua enfadado y, cubierto de tinta, volví a subirme a las rocas para ver si regresaba. Estaba hecho una furia. No podía creerme que un pulpo fuera más listo que yo. La tinta ardía en mis ojos y su sabor salado se colaba en mi boca. Decepcionado, miré los salmonetes que ya había pescado. Bueno, al menos cenaríamos una buena sopa y, con suerte, mi padre volvería con tortas de pan que untaríamos con aceite de oliva.

Bajé de las rocas. Era tarde. El viento había amainado y el sol ya no picaba tanto. Pensé en mi padre y me avergoncé de mi actitud. Seguro que estaría en la cabaña, cosiendo las redes, solo y necesitando mi ayuda; le iba fallando la vista y jamás lo reconocería. Podía haber cosido las redes con él y yo había decidido ir a pescar. Tenía remordimientos por haberme enfadado tanto. Tampoco me hubiera costado nada acompañarlo al mercado para ayudarlo y así ver el pueblo. Y a Selene.

Salté de roca en roca para volver a la playa, decidido a darle un abrazo al verlo. Ya en la arena, mientras caminaba cabizbajo y triste, vi unas huellas que parecían pisadas. Alguien había estado caminando por allí. ¿Era posible que mi padre hubiera salido a buscarme? Estudié las huellas con detalle y enseguida vi que no podían ser las suyas. Eran dos personas. Una huella era ancha y corta y la otra, delgada y mucho más alargada. Ambas estaban muy hundidas en la arena. Demasiado. No conocía a nadie en toda la isla que fuera tan grande y pesado como

para dejar huellas tan profundas en la arena. Solo el herrero de la ciudad, pero nunca se alejaba tanto del pueblo. Preocupado, aceleré el paso.

De repente me llegó un olor a humo y alcé la vista. Desde donde estaba no podía ver nada porque la colina y el pinar me tapaban, pero sabía que algo se quemaba. Podía percibir el olor a madera seca cuando ardía. Esas huellas y ese olor no significaban nada bueno.

¿Podrían ser cíclopes? Esos gigantes de un solo ojo son lo suficientemente grandes y pesados como para dejar huellas tan profundas en la arena. Nunca había visto ninguno, pero los conocía por las historias que me había contado mi padre. Él me explicó que su piel era tan dura que en la batalla de Urk-Sibar las flechas y las lanzas de los soldados del rey rebotaban en ellos como si estuvieran recubiertos de hierro.

Los cíclopes luchaban con grandes mazas de madera, llenas de clavos, con las que rompían las paredes y los tejados de las casas. Además, les gustaba quemarlo todo.

Asustado por mis propios miedos, sentí el impulso de correr hacia la cabaña, pero, tras dar unos pasos, cambié de opinión. Aquellas huellas me intrigaban mucho.

Miré hacia un lado y luego hacia el otro. No vi a nadie. Solo esas huellas. ¡Maldición! Di media vuelta y decidí seguir las huellas. Se dirigían directamente hacia una pequeña fuente de agua dulce escondida detrás de unas rocas, cerca de la orilla del mar. Los cíclopes debían estar cargando agua. ¿Pero cómo sabían ellos que allí había una fuente? Era imposible que la conocieran. A no ser que alguien se lo hubiera dicho. Solo se me ocurría una persona tan malvada como para tratar con cíclopes. El hermano de Selene.

Cogí un atajo para acortar el camino hacia la fuente. Salté al agua y nadé para rodear las rocas. No me importaba volver a mojarme si me ahorrraba un buen rato de caminar.

Una vez cerca de la fuente, salí del agua. Avancé lentamente y me detuve al oír voces graves y estremecedoras. ¡Cíclopes! No había duda. Me asusté. Quise salir corriendo para avisar a mi padre, pero la curiosidad me impidió seguir adelante. Quería saber exactamente qué se escondía detrás de aquellas huellas. Además, era la oportunidad perfecta para ver un cíclope. Seguro que Selene se quedaría asombrada.

Avancé unos metros más y me asomé con cuidado por una rendija que se había formado entre dos piedras. Vi una espalda muy grande y peluda. Definitivamente, un cíclope. Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito.

Por la rendija pude ver cómo aquella figura giraba el rostro hacia un lado. Solo tenía un ojo. ¡Un cíclope de verdad! ¿O era el miedo el que me traicionaba? El miedo suele traicionar los sentidos, decía siempre mi padre.

Tenía que haber ido a la cabaña. Me agaché sin destaparme la boca por si el grito se me escapaba y de nuevo miré por la rendija. El cíclope de la gran espalda se había movido hacia un lado, lo que me permitió ver a su compañero de frente. Este tenía dos ojos, no solo uno. Era humano. ¡Seguramente el esclavo del cíclope! Ahora el cíclope también se giró hacia mí y pude verlo de frente. Vale, está bien, no era un cíclope; también tenía dos ojos.

Los cíclopes ya no existen. Me había tomado demasiado en serio los cuentos e historias de mi padre. Sin embargo, esos dos intrusos pertenecían a otra de las especies más feroces del Mediterráneo, los piratas.

No tardaría mucho en descubrir que un pirata era peor que un cíclope. Los cíclopes se comían a los humanos, mientras que los piratas los vendían como esclavos, como si se te comieran cada día de tu vida.

Me aparté hacia un lado para esconderme de nuevo. Tras unos segundos, recuperé el aliento y volví a mirar a los piratas. Ahora, uno de ellos estaba sentado junto a la fuente; el otro se refrescaba la nuca bajo el chorro de agua. El temblor que recorría mis piernas empezó a propagarse por todo mi cuerpo. Volví a apartarme hacia un lado y a taparme la boca con la mano para que no se escuchara el chasquido de mis dientes.

La curiosidad me obligó a volver a mirar a los piratas por entre las rocas. Ahora podía ver bien a uno de ellos. Era alto y pesado. Tenía la barba larga y el pelo corto y negro. Su cuerpo estaba adornado con numerosas joyas doradas. Llevaba un aro de oro que atravesaba la parte superior de su mejilla derecha. Sus cejas eran gruesas y tupidas y su nariz, ancha, como aplastada por un golpe de mazo. Alrededor del cuello lucía una cadena dorada, al final de la cual se encontraba un gran broche de oro, fijado al cuerpo mediante correas de cuero atadas a la espalda. Su prominente barriga mostraba un ombligo salido hacia afuera, del que colgaba un zarcillo plateado.

Vestía un paño de lino blanco que sujetaba con un gran cinturón de cuero, decorado con finas cadenas de oro y plata. En sus antebrazos lucía muñequeras de cuero negro adornadas con figuras de escorpiones plateados y en sus orejas colgaban grandes zarcillos.

Cañida a su cintura, llevaba una gran espada con una empuñadura en forma de calavera negra, cuyos ojos eran rubíes. Los ojos de aquella espada me miraban y sentía como si me mirara un demonio recién salido del infierno. Mi padre me había hablado de aquella espada y de su malvado dueño. Esa espada no era ningún demonio; era todavía peor: la espada de Tántalo. Su filo curvado era temido en todo el Mediterráneo, desde Ispnya hasta Sumeria. Se la conocía con el sobrenombre de “Skliros”, la cruel.

¡Oh no! Si el primer pirata era Tántalo, el segundo no podía ser otro que su hermano Askar.

Askar era más alto que su hermano Tántalo y mucho más delgado. De sus orejas colgaban un par de zarcillos y sus fuertes antebrazos lucían muñequeras de cuero negro. En vez de una espada, llevaba dos cuchillos largos y curvados guardados en fundas plateadas atadas a su espalda.

Intenté huir saltando por las rocas, pero perdí el equilibrio en una roca cubierta de algas y caí al agua haciendo mucho ruido.

—¿Has oído eso? —preguntó Tántalo a su hermano, mirando en la dirección en la que hacía menos de un segundo que yo estaba.

—No, no he escuchado nada —contestó el hermano de Tántalo, Askar el Largo.

—Hay alguien detrás de esas rocas. ¡Ve y mira! —ordenó Tántalo.

—Seguro que ha sido una ola que ha chocado con las rocas —protestó Askar mientras subía por las rocas a regañadientes.

Al bajar por el otro lado, se detuvo en una piedra desgastada por las olas. Dio un paso adelante y, como yo, también patinó sobre las algas que cubrían aquella piedra maldita. Él pudo mantener el equilibrio y evitar caer al agua. Se agarró como pudo y observó atentamente a su alrededor. No me vio porque me había sumergido bajo una pequeña caverna que no se veía desde donde él estaba, aunque sí podía ver la gran silueta de Askar reflejada en el agua, como la sombra de un fantasma al acecho.

Desde muy pequeño me había acostumbrado a mantener los ojos abiertos bajo el agua, y el picor de la sal ya no me molestaba.

Askar se entretuvo buscando entre las rocas. Parecía que no iba a irse nunca y sentía cómo el aire en mis pulmones se agotaba. Me estaba quedando rojo, a punto de explotar, pero finalmente la sombra de Askar desapareció y pude sacar la cabeza a la superficie para respirar.

—Aquí no hay nada —escuché decir el pirata Askar a su hermano mientras bajaba por las rocas hacia la fuente.

—¡Maldita sanguijuela desbarbada! —le gritó Tántalo, enfadado.

—Esas rocas patinan mucho y me voy a romper la crisma —dijo Askar sin levantar la vista de las piedras y moviéndose con pasos temblorosos hacia su hermano.

—Estoy seguro de que he escuchado algo. ¿No te das cuenta de que podría ser el muchacho que estamos buscando? —repitió Tántalo, llevándose la mano a la cabeza en un gesto de desesperación que denotaba su enfado hacia su hermano.

Buscaban un muchacho y en esta parte de la isla solo estábamos el hermano de Selene y yo. Tenía que advertir a mi padre lo antes posible de la presencia de aquellos piratas. También tenía que avisar a la familia de Selene. Posiblemente, estaban buscando a su hermano para secuestrarlo. Debía esconderse. Aunque no me caía muy bien, tampoco le quería ningún mal.

Salí de mi escondite con cuidado y nadé hasta volver por el atajo que ya había tomado. Al llegar a la playa, empecé a correr por la arena con todas mis fuerzas. Antes de llegar al pinar, oí como Tántalo gritaba y maldecía detrás de mí. Me giré. Los piratas me habían descubierto. Entré en el pinar esquivando los árboles a toda velocidad. Apartaba las ramas que podía, pero otras me pegaban en la cara. Subí por la pequeña colina y, en lo alto, paré un momento para recuperar el aliento. A lo lejos, en el centro de la bahía, un barco negro había echado el ancla. Era el barco de los piratas.

Mi corazón empezó a latir angustiadamente. Miré hacia abajo y vi una columna de humo negro. Los piratas habían incendiado nuestra cabaña. Empecé a bajar corriendo otra vez mientras rompía a llorar. No sabía si de miedo o de rabia.

—¡Padre, padre! —grité mientras corría por la ladera llorando al ver que la cabaña estaba en llamas.

Los piratas habían estado allí y la habían incendiado. ¡Maldición!

Llegué a la playa completamente exhausto. Me detuve unos instantes para mirar la cabaña y descubrí a mi padre, malherido, tumbado sobre las redes de pesca que había estado cosiendo. Estaba agonizando. La sangre de la herida en la cabeza ensuciaba su pelo blanco.

—¡Padre! —sollocé al llegar junto a él.

—Alcánzame un poco de agua, por favor —me pidió con voz triste cuando me vio.

Le acerqué un cuenco y bebió un par de sorbos mientras le levantaba suavemente la cabeza. Tras beber, apartó el cuenco con la mano y me miró. Tántalo y Askar ya estaban en el pinar.

—Arión, debes esconderte en la isla de Delos para protegerte —musitó agonizando.

—¿Esconderme y dejarte aquí? —respondí perplejo.

—¡Sí! —insistió enérgicamente sacando fuerzas de su interior.

Tosió.

—No quiero dejarte aquí —le interrumpí.

—Estos piratas llevan buscándote desde que naciste. Súbete a la barca, navega hacia el norte. Sigue la Estrella Polar. Te he enseñado muchas veces cómo hacerlo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué quieren de mí? —pregunté extrañado.

—Quieren llevarte ante un demonio —contestó mi padre, que se estaba quedando sin fuerzas para hablar.

—Los demonios no existen.

—Sí, yo los he visto —aseguró—. Ese demonio ha adoptado la forma de un ser humano. Ahora es sacerdote, el Hechicero Nigromante. Vivía en la corte del rey como consejero. Nunca hablaba, solo susurraba. Le arrebató la corona de Urk-Sibar al rey legítimo mediante intrigas y con ayuda de piratas, cíclopes y magia negra.

Ya conocía esa historia; me la había contado muchas veces y nunca pensé que pudiera ser cierta, ni mucho menos que pudiera estar relacionada conmigo.

—Nunca te he explicado toda la verdad —continuó.

—Ya sé que los cíclopes no existen —le interrumpí.

—No... Escúchame. Tu madre se llamaba Electra. Era sacerdotisa en el templo de la diosa Nemmu, en la antigua ciudad de Urk-Sibar.

—¿Qué?

—El día que naciste cayó un gran rayo en el patio del templo. Al impactar en el suelo, el rayo se convirtió en una lágrima dorada que a los pocos minutos se solidificó y se transformó en una piedra preciosa. Según la profecía, la piedra tiene el poder del conocimiento. Cuando el Hechicero Nigromante supo de la existencia de la lágrima sagrada, quiso arrebatársela a tu madre. La guardia del templo la defendió. Entonces, ese demonio invocó a su ejército valiéndose de la magia negra, y de las cuevas más profundas y oscuras emergieron los cíclopes y otros seres etéreos del inframundo. Ese día reveló su verdadera forma de demonio Igigi, que había estado ocultando durante muchos años, y cubrió toda la ciudad con una niebla negra. Los piratas venían por mar y su ejército del mal marchaba al son de terribles tambores y trompetas. Destruyeron el templo y la ciudad. Yo escapé contigo por un pasadizo secreto. Subimos a nuestra barca y navegamos durante tres días hacia el sur. No tenía leche para darte, así que antes de que te amamantara la madre de Selene, bebiste la sangre de una tortuga marina. La diosa Nemmu nos protegió, cubriendo todo el mar con un manto de niebla blanca, y nos guio hasta aquí, porque antiguamente en esta isla había vivido tu pueblo.

—Pero ¿por qué me sigue buscando ese demonio? —pregunté.

—La lágrima... busca la lágrima sagrada —contestó mi padre.

—Pero nosotros no la tenemos, ¿no? —pregunté extrañado.

Mi padre me miró seriamente y sacó una joya de su bolsillo. Tenía forma de lágrima y color de miel. Nunca había visto una piedra sagrada y, créeme, era lo más bonito que había visto.

—Ya no hay tiempo para más explicaciones. Debes irte... —suplicó con voz enérgica, usando sus últimas fuerzas.

—No quiero dejarte —me negué—. Podemos escondernos en una de las cuevas y te cuidaré hasta que los piratas se hayan ido.

—Los piratas no se irán hasta que no te hayan robado la piedra sagrada y te hayan llevado ante el demonio que te busca. Nunca te dejarán tranquilo —sentenció.

—¿Y si les damos la piedra? —pregunté.

—¡No! La piedra es la clave para conocer la voluntad de la diosa Nemmu. No puede caer en manos del Hechicero Nigromante. Tu madre murió defendiendo la piedra sagrada. No puedes entregársela a los piratas. Se la darán a ese dominio Igigi. ¡Traicionarías a tu madre, a tu pueblo, a las sacerdotisas y a toda la Orden del Templo del Sol! —explicó.

—Nunca me habías hablado de mi madre —dije susurrando y cabizbajo; sabía que no era el momento de reproches, pues nos quedaba poco tiempo.

—Iba a hacerlo, pero nunca encontré el momento. ¡Eras tan feliz aquí! —explicó bajando la mirada.

—¡Nunca te dejaré! —dije sollozando. Me eché encima de mi padre y comencé a llorar. Sabía que si lo abandonaba, nunca más lo volvería a ver.

—Hace tiempo que tenía que haberte explicado la verdad —lamentó—, discúlpame, Arión... solo quería protegerte.

—No quiero disculpas. Quiero que te cures y me enseñes a pescar pulpos —le respondí llorando.

—Escúchame bien. Se acabó pescar pulpos; ahora tienes una de las lágrimas de la diosa Nemmu. Debes ir al templo de Delos y hablar con Mesalim, es uno de los sumos sacerdotes.

—¿También es un nigromante? —pregunté obstinado, casi desobediente.

—No... escúchame con atención. Ellos consultarán al oráculo y te dirán lo que debes hacer —me dijo mientras depositaba la piedra sagrada en mis manos.

Yo ya había decidido entregar la piedra a los piratas. A mí me asustaban esas historias de demonios o de nigromantes. Sin embargo, la piedra se iluminó de repente.

—¿Ves cómo tengo razón? —dijo mi padre al ver la luz que emitía la piedra sagrada—. La piedra es tu destino. Protégela y ella te protegerá. Ahora eres su guardián. Escúchame bien, no se la entregues a nadie.

No podía apartar la vista de la piedra preciosa. Era cálida, de belleza duradera y un color ámbar inusual.

—Vete Arión, no hay tiempo... Los piratas deben estar a punto de llegar.

Miré a mi padre moribundo, a quien la luz sagrada de aquella piedra tan preciosa parecía haberle calmado el dolor y le había dado un poco de fuerza.

—Recuerda, no le des la piedra a nadie.

—Lo prometo —contesté finalmente, llorando, e introduje la piedra en una pequeña bolsa de cuero que siempre llevaba al cuello y en la que guardaba anzuelos de pesca y crin de caballo como hilo de pesca.

—Y ahora vete, ¡rápido! —insistió.

Alcé la vista y vi que Askar se acercaba a nosotros, empuñando ambos cuchillos. Tántalo, por detrás, menos ágil que su hermano, pero más vociferante, seguía gritando y ordenándole que me apresara.

—¡Huye! —me gritó mi padre.

—Pero... no puedo dejarte aquí —contesté de nuevo, intentando levantar a mi padre y arrastrarlo hasta la barca.

—Mi viaje ha terminado aquí y el tuyo acaba de empezar —sentenció con firmeza—. ¡Vete!

Los piratas se acercaban y me invadió un gran sentimiento de rabia y miedo. Lloré. Askar era quien corría más de los dos y ya estaba muy cerca. Demasiado. Enfurecido, cogí del suelo una piedra del tamaño de mi puño y se la tiré con todas mis fuerzas. El pedrusco impactó directamente en su cabeza y el pirata Askar perdió el conocimiento y cayó al suelo. Tántalo, al ver caer a su hermano, se escondió detrás de una pequeña duna de arena y sacó su espada para agitarla. Cuando vi los ojos resplandecientes de la calavera de la espada Skliros, me asusté y salí corriendo hacia la barca de pesca que estaba en la orilla. Ya sé que fui un cobarde al dejar

a mi padre a merced de los piratas, pero la verdad es que no sabía qué hacer; tenía mucho miedo y simplemente hice lo que me había ordenado.

Tántalo, al ver que huía, empezó a correr hacia mí. Pero pesaba demasiado para correr por la arena. Balanceaba su cuerpo de un lado a otro, saltando de una pierna a otra. Cuando llegué a la barca, la empujé hacia el mar y empecé a remar. Sabía que Tántalo ya no podía atraparme, pero si se tiraba al agua e intentaba acercarse nadando, le daría con un remo en la cabeza. Él lo sabía y se quedó en la orilla saltando y gritando de rabia. Tras lanzarme toda clase de improperios, se giró y empezó a gritar a la tripulación de su barco. Hizo señas a los piratas de la galera fondeada en la bahía para que me apresaran, pero antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba, yo ya había izado la vela y navegaba mar adentro buscando el rumbo más rápido con respecto al viento, tal y como me había enseñado tantas veces mi padre, al que había abandonado cobardemente en la playa.

ARIÓN

www.mundodearion.com